



UNA FRASE PARA LA HISTORIA

“MIS ESCOPETAS. ¿DONDE ESTAN MIS ESCOPETAS DE CAZA? NO VAYAN A PERDERSE...”

(Ilustres palabras de Fraga al pisar tierra española en Barajas. Dios nos coja confesados).

mínimo el sentido del tacto. El término es nulo, y lo único que puede pasar es que si haces «strip-tease» en Siberia alguien puede morir de frío en el Sahara. Finalmente el dolor, concretamente el de los demás, no se advierte en absoluto. No es este del todo el caso de Fraga, cuya reforma está intentándose con éxito parcial. El cuadro de irregularidades que presenta se basa en el «fingunt simulque credunt», es decir, que el paciente percibe la realidad conforme a su deseo. El síndrome del sílex, que en nuestro enfermo ha producido una erupción en sábana de democracia peculiar, la democracia «forte ma però con brio», que anula los «conjuntos de perplejidad equitativa», o síndrome de Scarlatti, no hay guapo que lo haya extirpado hasta ahora, con lo que es ahí, en la llamada «sima iracunda», donde se concentra nuestra reforma frankensteiniana. Primeramente se le ha modificado el circuito nervioso - medular, para lo que no hubo necesidad de quitarle el sombrero previamente anestesiado. Se trataba de insertarle un reflejo - reacción a lo San Francisco de Asís, que nunca dio patadas en el culo a los subdirectores ni desgració teléfonos. Por los espasmos constitucionales advertidos se vio que la cosa no había prosperado, dado que el paciente perdía fraguismo a mantas, con

lo que se le aplicó inmediatamente un «moderato cantabile» para bombo. Dio un grito espantoso, síntoma evidente de su incorporación a la vida política, lo que obligó a reducirle la actividad múltiple inconsciente suministrándole veinticinco miligramos de incuria liberal, paliándolo rápidamente. Al removerle la hipófisis, ya que parecía conveniente barrer debajo, salieron corriendo como insectos inmaduros, como cuando se levanta una piedra en el bosque, los cuatro jinetes del Apocalipsis y el Dies Irae, culminación democrática de un pensamiento de amor preestablecido sin consulta previa. Aislado el Dies Irae y observado en la platina del microscopio, pudo advertirse que habíamos encontrado «el programa», o cuando menos uno de sus borradores. Podía ya operarse sobre la inapelabilidad del fraguismo exacerbado, a medias entre un Platón dextrógiro y las categorías kantianas reivindicadoras exclusivas de la evidencia respecto al uno mismo —¡toma filosofía médica. Lain!—, y así hacer del paciente un tipo más o menos de la Ilustración. Ahora a esperar que se le despierte el sombrero de la anestesia, y a ver qué sale. Si hemos fracasado en la reforma ya puede la Historia Universal temblar como Santa Teresa ante Felipe II. O más, si cabe. ■ LICANTROPO.

